

Ha nacido el Niño Jesús

El Farol, 230. zk., 1969-10/12.

Ya son más de las tres de la tarde y todavía hace calor. Los carros tienen prisa, como siempre, porque ésta es una ciudad de muchos afanes, y los carritos por puesto pasan llenos, no hay modo de conseguir dos plazas. Ellos son tres, pero con dos puesticos que les dejen libres tienen; el otro hombrecito puede ir sobre el pecho de su madre porque está acabadito de nacer; Santiago y Auxiliadora no se dicen estas cosas, y es porque se descubren el uno al otro en los ojos y en el gesto; a ellos, que apenas hablan, este ruido del tráfico los aturde y los achica, bastante; pero están allá, donde otros, esperando a lo mismo, y ya le ha dicho a Santiago un señor que está primero que se esperen, que ya no demora en llegar, y que él les va a ceder su puesto, aunque hayan llegado más tarde que él y más tarde que otros que están esperando; por el pequeño y porque no hay nada que les tape de aquel sol; Santiago ha visto que los demás en la cola no han dicho nada; y lo ha oído Auxiliadora, y se le ha sonreído al hombre, que es una manera de dar las gracias, y piensa ella en sus adentros que ya es bueno que este hijo empiece a hacerse respetar desde temprano, sin que haya tenido siquiera tiempo de ver con esos ojos, porque los tiene todavía tapaditos, nuevos; tanto, que no han visto aún el sol, que es lo que viene sobrando en esta espera; Dios no querrá que se quede así, como el hijo de Sebastiana, que nació ciego, porque el que lo ha traído es El, ¡y por Nochebuena!, como llegó el Niño Jesús a este mundo; todavía le parece su hijo un milagro; eso se lo repetían en la maternidad, y por eso estaba ella más orgullosa de eso, de que su hijo le llegase, a pesar de los apuros, con la buena señal; le tenían que poner ese nombre, porque ella tenía conversado eso ayer con su marido, y ya no iban a nombrarlo Domingo, como el difunto padre de Santiago, sino que sería Jesús; por eso; así se celebraría su cumpleaños con El, como se lo dijo una enfermera que miraba y miraba a su pequeño cuando se lo traía a mamar como si, de verdad, fuese el Hijo de Dios, cuando ella sabía que era de ellos dos, de Santiago y Auxiliadora nada más; pero así era, y ¡qué bueno!; sigue haciendo calor, porque este fuego de Caracas es de los que no se acaba, y la cara de Auxiliadora está reluciente, como la de Santiago, y además amarillita, porque se siente agotada de sólo aquella espera; se están viendo así los dos y no piensan en ellos mismos sino en el pequeño, que está embojotadito, asomando su nariz para respirar en el pocito de sombra que le hace su madre con la cabeza; ¡ya llega un carro, por fin!!, y el hombre del mono azul abre la puerta delantera y les cede el turno, como prometido; y qué bueno que se baje una mujer gorda del compartimiento de atrás, porque de esta manera cabe el joven también; y así es, porque le cierra la puerta a Santiago y luego sube él, detrás; ésa ha sido una fineza que hay que agradecer, y Santiago se quita el sombrero y se voltea en su asiento y dice al hombre, que es un joven delgado y con la cara manchada de grasa, que ha sido muy gentil, que se lo agradecen su mujer y él y también su hijo de casi tres días; no se lo ha dicho, claro, con estas palabras, sino con sólo bajar los ojos, que vale en

Santiago lo que una inclinación de todo su cuerpo, y el joven comprende, porque se le ha sonreído; nada más; ya está el carrito andando, que es a rodadas cortas y a frenazos y con unos chirridos como de carreta de bueyes, y aquí dentro todavía hace más calor, y huele a sudor agrio, viejo, de muchos hombres y de muchas mujeres, mezclado con un olor a medicina. Santiago está en eso, en el reconocimiento, y pasea su mirada por el cielo del carro, que es una tela azulina con dos costurones largos y otros muchos pequeños rotos que están cosidos, muy mal cosidos, con hilo negro, como estrellas, y con manchas como de aceite, como nubes. Y había visto también cuando volteó antes, cinco cabezas montadas sobre cinco cuellos, todos diferentes y hasta uno negro, y grueso, que es del chofer, y todos tiesos, callados, que sería la desconfianza porque no habían estado juntos antes. Y regresa Santiago la mirada a su frente, y siente calor, más calor, y será porque el aire no corre porque está como estancado, quieto, y tan espeso como melaza; este aire de Caracas será bueno para otra cosa, pero no para respirarlo él ni su mujer ni su hijo, y entonces mira a Auxiliadora, y ella no atiende, porque está pendiente del niño y del hombre que va manejando, un negro gordo, con un bigotito, callado como no habrá dos choferes de alquiler en todo Caracas, que no mira sino adelante, que lo que ve es un carro verde y la gente que, a veces, a ráfagas, cruza la vía corriendo; a ella le está regresando la Caracas de cuando se fue a La Aguada para casarse con Santiago; Santiago siente un roce en su sombrero, y es que el joven mecánico está avanzando (con el brazo desnudo por encima de la cabeza de Auxiliadora) un dinero, y el chofer no voltea, sino que le sale con su mano negra al camino, y se da cuenta Santiago que es el momento de pagar; él tiene con qué, porque por eso se ha atrevido a venirse a Caracas, y se quita su sombrero, se dobla un poco hacia adelante y dice, con una voz delgada, que cuánto es; el chofer dice que un bolívar; Santiago tiene la plata en su atadito del pañuelo, y saca una pieza de bolívar y se la pasa a Auxiliadora, que es una manera de llegarle el chofer; no es éste, sino su propia mujer, la que dice a Santiago, en un susurro, que es un bolívar cada uno, y que ellos son dos; Santiago desata otra vez el nudo y coge otro bolívar hecho de dos reales de níquel y no entrega el dinero de una vez sino que mira a su mujer y le señala con los ojos al niño Jesús, y Auxiliadora dice que no (y se ríe tapadito), que el pequeño no paga pasaje; ahora sí le llegan los dos bolos completos al negro cuando éste los coge de la mano de Auxiliadora y da las gracias, que no es mentira eso en este chofer, porque se han oído en todo el carrito, y deja las monedas en una cajita de cartón que tiene delante del volante, cerca de una Virgen de bulto pegada al tablero, y piensa Auxiliadora que es bueno que tenga el chofer esta fe para salir con bien de tanto peligro que hay de manejar en Caracas, que es cosa de locos; se lo dice a su marido, con los ojos, y Santiago asiente, porque eso se ve; también pesa a los dos, como plomo, aquel silencio; se oyen voces y los pitazos del agente de tránsito y los gritos de los frenos y las grandes alentadas de aire de los autobuses, que le llegan a uno encima como si lo fuesen a tragar; todo eso, y más, se oye en este tráfico de Caracas, y uno tiene los oídos como Santiago ahora, como de un vidrio partido, y Santiago mira al suelo, para descansar los ojos del resol, y le ve los pies a su mujer, calzados con unos zapatos negros que le regaló la señora cuando trabajó en casa del doctor, y que todavía están sobrados en La Aguada, y le ve las piernas desnudas y flacas, azulencas, y le ve también las moticas azules sobre el blanco arrugado de su falda; luego voltea con

disimulo y ve las caras de los pasajeros, que están amarradas, y debe ser por el calor y la hediondez, y que puede que sea del negro, porque dicen que los negros hieden; aunque eso quién sabe, porque los que lo dicen son los blancos; luego se distrae viendo los otros carros, y hace ya cinco minutos que le está viendo el cogote a una señora que lleva prendido un lacito rojo en su pelo chicharrón, y se le va el carro otra vez, y regresa, porque todos corren más o menos parejo; le parecen un misterio los motores, que tienen ronquidos diferentes, como si los carros llevaran algo vivo dentro; oye todo eso; pero él siente allá, empozado, aquel silencio; el chofer está callado, y atrás el joven tampoco habla, y las dos mujeres que van sentadas a su lado, que son muy elegantes, y que serán madre e hija, tampoco dicen nada; la paz de la montaña nace de la soledad, de no haber nadie en aquellos cerros capaz de decir algo, pero ésta de aquí es una extraña mudez de la gente, que pesa, bastante; Santiago mira a su hijo que debe estar dormido; es cuando descende la joven del carro y no baja su madre; que no debe ser su madre, porque él no cree que, ni en Caracas, se puede bajar una hija sin decir algo a su mamá; y entra un caballero, con bastón, con sombrero, y nada más cerrar la puerta pide que, por favor, chofer, le ponga la radio; el negro no voltea la cabeza, sino que mira al hombre por el espejo retrovisor y le hace un gesto con los ojos, abriéndolos, y con los labios, que le brotan con todo y barbilla, que es como decir que qué pasa; el señor le dice que, por favor, ponga la radio, porque están transmitiendo algo importante; la señora que tiene a su lado le dice que por qué tienen que escuchar todos lo que le está interesando sólo a él; Santiago nunca hubiese esperado de una señora que parecía tan educada, por las ropas, aquella voz y aquel tono de hablarle a su marido, y menos a un extraño como debía ser el señor de la corbata; hasta Auxiliadora se voltea un poco, y ve al caballero; el negro está esperando con la mano sobre el botón de la radio, sin decidirse; el señor dice, y ya está hablando a todos, que no es sólo cosa que interesa a él, sino a toda la humanidad, y a ver si algo que está interesando a toda la humanidad no va a interesar a los caballeros y las damas que van en este carrito; ahora la dama cambia de voz, y dice que de qué se trata; pues de nada menos que el hombre ha llegado a la Luna y está, en este mismo instante regresando a la Tierra; el negro sabe de aquello, porque dice algo y aprieta el botón, que no es el botón que es, porque lo que sale es una música de jazz, y después de dos intentos brota una voz que Santiago descubre que no es de nadie de los que está allá, porque ya conoce la de todos, y que habla entre pitidos y patinazos y otros ruidos, y a veces se mezcla con otras voces, y está diciendo lo que el señor: que están llegando tres hombres desde la Luna; ¿pero cómo van a regresar hombres de la Luna si no pueden subir allá, tan arriba?, y mira a su mujer, y Auxiliadora parece atenta a lo que dicen las voces, y ya es el caballero el que habla otra vez, y dice que ¡ya está, que ya están entrando!, y parece contento, como si le estuviese llegando, de algo muy lejos algún pariente; Santiago endereza su atención y pone oído a los ruidos y a las voces, que alguna no entiende porque son en otra lengua; el caballero se atreve a decir que ésa es una victoria de los norteamericanos, que los rusos han quedado atrás en esta carrera; el joven mecánico está bravo, o eso parece, cuando dice que eso no ha sido llegar a la Luna, que hay que ver quién le pone los pies encima primero, que eso está por verse todavía y se han callado todos, menos la radio, y piensa Santiago que el joven tiene razón porque así parece, y él, si está con alguien, es con aquel joven que ha sido tan atento con ellos; es cuando dice el

chofer que será lo que sea, pero que aquello es cosa importante; el caballero dice que sí; nada más; y sigue hablando la radio, porque eso no se calla nunca; en eso, en medio de ese ruido de voces, Auxiliadora no se está sintiendo bien; le está sudando frío la frente y siente un malestar en la barriga que parece que va a tener que vomitar, y no quiere, porque cómo va a hacer eso ella en este sitio; ¡Dios mío, y la Virgen!; no quiere decir nada a Santiago, porque su marido no le puede ayudar en nada tampoco; y debe estar ahora en otra cosa; Santiago, sin embargo, está más en lo de ellos dos y el niño que en aquellas fantasías, porque tiene que llegar a Mérida con bien, y eso es más importante; y se dice que Auxiliadora tenía razón, aunque no salió todo como ella quiso, porque lo que ella quería, cuando le dijeron que el alumbramiento podía ser difícil, era llegarle a un médico Dr. Oramas, de partos, con el que estuvo trabajando como servicio años; era que Auxiliadora había tropezado en el patio y se había caído, de siete meses, y éste era su primer hijo; ella no quiso quedarse allá con esas dudas, ni siquiera en Mérida; así se hizo el viaje, y con esos apuros, porque Santiago no sacó de la casa más que lo justo para el autobús, que es lo que tenía; Dios y la Virgen los amparó mucho, porque la misma Nochebuena les nació un varón, como el Niño Jesús; Ellos dos ni se dieron cuenta de la coincidencia, pero había en la maternidad una monjita despierta a las señales, y por sólo eso los había atendido de maravilla; daba a Auxiliadora caldos y carnes, de lo mejor, y a él le dejaban dormir, aunque estaba prohibido, en un sillón; también los médicos le dijeron que era una suerte nacer así; no era mérito de él; si acaso, sería de Auxiliadora...; y parecía contento el hombre de la radio, y el caballero también, porque alentaba a los viajeros desde su asiento, y el negro sonreía, y parecía muy interesada también la señora que venía detrás, porque hasta había dado un grito; todos menos el joven mecánico, que no decía palabra, y él, Santiago, que estaba callado, y su mujer también, y el pequeño Jesús, por supuesto, que ni lloraba; Santiago puso oído a la radio otra vez, intrigado por saber de qué se estaba contentando los otros, y aquel hombre decía, entre ruidos, que los tres hombres que venían de la Luna estaban bien, y que querían decir a todos los niños del mundo que habían visto en el camino a los tres Reyes Magos, y que los esperasen, porque era seguro que venían con sus camellos cargados de regalos; Santiago mira a su mujer, que se está sonriendo sola, y se dice que cómo van a ver esos hombres a los Reyes Magos si eso es una fantasía; con eso está aún más seguro de que lo que están dando por aquella radio es una novela, y no tiene que enfadarse el joven tanto por eso, por un cuento; a Auxiliadora le gustan mucho estas novelas de la radio, porque se lo decía siempre en La Aguada de cuando estaba ella en Caracas, y seguro que le está gustando ahora, y la mira de nuevo, y le ve las gotas que le están bajando por la frente, y repunta bruscamente el interés de Santiago por su mujer, y se dobla hacia adelante, con todo y sombrero, para que ella, que parece estar viendo al que habla por la radio, repare en sus ojos, y al mismo tiempo se está sacando del bolsillo del pantalón un pañuelo azul con el que le seca la frente, y luego se descubre y la abanica con su sombrero de cogollo; todo eso; ella ve los ojos de su marido, claro, y no dice nada, sino que se le sonríe más para agradecerle la atención, y luego cierra los ojos, que es que no se siente bien pero que aquello se le va a pasar, que no es nada; Santiago ya no está tranquilo, porque debe ser mucho lo que está sufriendo su mujer, que es tan entera; no encuentra, sin embargo, modo de aliviarla; ¿acaso podría cargar al muchachito?; Auxiliadora mueve la cabeza,

que no, ¡y que no ve ella a Santiago cargando al pequeñito de sólo dos días!...; y la radio dice que la cápsula está entrando en la atmósfera, y que se ha encendido, con el roce del aire, como una estrella; el caballero alza la voz por sobre la del locutor para decir que ya las cosas no son como antes, cuando los Reyes viajaron siguiendo a una estrella, sino que ahora los tres hombres, que podían ser los tres Reyes Magos, vienen montados en ella; y se ríe; y sigue la voz de la radio diciendo que están los hombres bajando en este día, 27 de diciembre, las tres y media de la tarde, y que la cápsula está a punto de llegar y que ya está casi amaneciendo y que los barcos están esperando a la nave espacial con reflectores, por la oscuridad; el carrito por puestos sigue deteniéndose, arrancando, despacio, camino de la parada de autobús; y ya se puede oír la voz de la radio desde otros carros, porque ya todos parecen guindados de un solo punto; Santiago mira de vez en cuando a su mujer, que, la pobre, sigue entera, aunque más y más amarilla, y que será por el calor, porque a él también le está sudando todo el cuerpo; es que apenas se siente el aire; nadie más que el locutor está hablando en aquel carro; y hay más, que no es el calor, que es algo así como la carga de un rayo desleído en el aire y que le tiene el cuerpo tieso, maluco, y está seguro de que el daño está mordiendo a Auxiliadora también, igual; y es cierto, porque su mujer se está sintiendo muy mal, y cada frenazo, cada sacudida, es un pinchazo hondo, de como si se le estuviese clavando algo por donde le ha venido su hijo; el pobre, tan quieto, tan dormido; ya se lo había dicho la monja, que se podía quedar un día más, o dos, pero a Auxiliadora no le gustó que le metieran otra mujer en la misma cama, porque no había más sitio en la maternidad; ya era angosta aquella cama antes de eso para una mujer que acaba de dar a luz, y ella, que no podía aguantar en su cama a nadie que no fuese su hermana María o Santiago, dijo entonces que se sentía muy bien; mentira; y la dijo sin susto, porque aquella mujer flaca que ya estaba con los dolores tenía más necesidad de la cama que Auxiliadora; ¡a pesar de que la mujer había tenido más suerte que ella con tener una cama en ese momento de estar llegándole el hijo!; también era que Santiago se sentía incómodo en aquel hospital, ella se lo veía en los ojos; y era también que ella, Auxiliadora, tenía, a su hijito esperándola en el retén, porque no se lo traían sino para mamar, y ya no era Santiago sólo, sino que eran dos los que estaban esperando que ella se parase de aquella cama para salir los tres para Mérida, sin siquiera ver al Dr. Oramas, que ahora ya no había por qué molestarlo; Auxiliadora pensó que ya ésas eran muchas cosas; y tenía (ahora que lo está pensando) un miedo que ella no decía, pero que era que ¡le podían cambiar su hijo!; era por eso que pedía con los ojos a Santiago que fuese de vez en cuando a verlo, y Santiago se iba, y se quedaba, horas, viendo a su hijo en aquella cunita como jaula, para que nadie lo tocara, y para que cuando se lo trajesen al pecho de su mamá no se perdiese la enfermera en cualquier otra sala, ¡que había muchos niños iguales!; y Santiago, desconfiado, siempre detrás, desde lejos, claro; todo eso, que no era poco; así salieron; y así van ahora; bien; aunque ella, Auxiliadora, con aquel mareo y con un dolor de agujas en los puntos, que será por el esfuerzo de estarse sentada como está en aquel carro, por primavera vez después del parto, pero se le va a pasar el dolor, tiene que ser; lleva a su hijo dormido en sus brazos, y a su marido sentado al lado; inquieto, porque ella lo siente angustiado; pero entero; como ha sido siempre Santiago; por grande que haya sido el miedo; por eso es un guía baqueano que buscan tanto los que vienen a subir al Pico Bolívar; ahí sigue hablando la

radio de que ya apunta el amanecer, y que ya los tres astronautas están a punto de llegar; Santiago se está preguntando que cómo se puede decir que está amaneciendo cuando ya son más de las tres y media de la tarde, aunque eso sea en otra parte, en cualquier paraje, porque a todos llega el sol al mismo tiempo, aunque sea allá, a Los Nevados, de donde eran sus padres, como a La Aguada, de donde son él y Auxiliadora, que son dos pueblecitos, como aquí a Caracas, que es una ciudad grande donde acaba de nacer su hijo, porque a todos llega el sol (más o menos caliente) al mismo tiempo; porque eso, el sol, está arriba alumbrando igual para todos, ¿no?; Santiago se pregunta eso, y se dice que es así, porque no hay manera de que sea de otro modo; mira a su mujer, que está quieta, la pobre, y que puede que esté con el temor de que le pase lo que cuando la venida, en el autobús, que es cuando sintió ella los dolores, que eso ocurrió cuando ya estaban más acá de Barquisimeto, y ya era noche cerrada desde La Puerta; nadie sabía qué hacer; ni el chofer, porque a él y que le habían puesto para manejar y no para comadrona, que eso debían de haberlo pensado ellos antes, antes de coger el autobús, y que él quería llegar a la casa para la cena de Navidad, porque también tenía mujer y tenía hijos, y ya el retraso por el problema con el caucho había sido bastante; Santiago lo comprendía todo, y no decía nada, porque estaba sujetando a Auxiliadora en su asiento, porque había dolores que no podía aguantar ella sola, y él pensaba que cómo les iba a pasar eso a ellos, después de venirse desde el monte, a parir así, en el camino, como una vaca, y peor, en un autobús; y él no sabía qué más hacer que estarse cerca de su mujer, y comprendía también al chofer, pero hubiese hecho bien a Auxiliadora que el autobús se hubiese detenido un momento cuando le llegaba aquellos dolores tan grandes, porque el bus saltaba en los huecos y se iba de lado en las curvas y cuando pasaba a otros carros, que a veces pensaba Santiago que se iban a ir con todo y bus por sobre el río o se iban a estrellar contra el monte o alguna de las casas alumbradas que se veían pasar como flechas prendidas en el camino, tanto era la velocidad de aquel aparato; y mientras tanto él sentía a los pasajeros tiesos, enojados con ellos, sin siquiera mirarlos, porque si no llegaban a la cena de Navidad era culpa de ellos dos, de Auxiliadora y de Santiago...; Santiago mira de nuevo a su mujer, y la ve más tranquila, aunque con la mirada un poco escondida de siempre, y con la sonrisa, porque esta mujer suya es alentadita y fuerte, y aguanta lo que le ponga Dios encima...; que es cuando la radio dice que no se oye nada de los tres hombres, y puede haberles ocurrido algo; todos en el carrito por puestos están pendientes de esto, y se le ocurre decir al señor de la corbata que qué va a hacer Dios con los astronautas y en qué andarán los ángeles ahora durante este viaje de los hombres por el cielo; y no lo dice para reirse, sino que se está preguntando estas cosas en voz alta, así parece; Santiago le oye las palabras con ese recelo de no saberles la intención, y prevenido, porque puede, y debe, ser un cuento, y se dice Santiago que tiene que saber completo lo que dice ese hombre, porque puede que no le lleguen enteras sus palabras, y se quita su sombrero, se lo pone sobre sus rodillas, dejando ver un pelo abundoso y negro, mojado, aplastado, y luego se pasa el brazo por la frente para quitarse el sudor; y luego descansa esa cabeza sobre el respaldo, para escuchar completo, y entonces yergue su mirada con el esfuerzo de la atención y le llega derecha a la tela azul del techo, que es un cielo bastante sucio y roto, y no hace ningún esfuerzo, sino que aquellos ojos achinados, cansados de los reverberos, están viendo sin esfuerzo a tres hombres

montados a lomo de un cohete, como sobre una escoba de bruja, bajando por el costurón, por entre las estrellas de hilo negro y las manchas de aceite, riéndose, y ve a los ángeles volando en derredor, y repara también en que vienen halando velozmente en el aire una carreta de bueyes cargadita de juguetes, y descubre en la carga un carrito rojo con un letrero, y él le pone el ojo encima pero es que no sabe leer, que es cuando sale el joven mecánico con la cara sucia de grasa debajo del cohete y le entrega el carrito diciendo que es para su niño Jesús, y él lo toma en sus manos, y se fija entonces que el Rey que viene manejando aquel aparato es negro, que debe ser Baltasar, y tiene la misma cara que el chofer del carrito por puestos, y el Rey con barbas y gafas que viene en el centro, tirando de un mecate del que guindan unas cabezas de ángeles con alas en el cuello, como ha visto algunos en la catedral de Mérida, es el señor que viene viajando en el asiento de atrás, y el tercer Rey es él mismo...; siente una punzada en el costado, y es que se ha despertado a tiempo de oírse él mismo el ronquido, y ve a su mujer que lo mira apenada, y comprende que está mal roncar en un automóvil; el señor está explicando que los astronautas viajan por el cielo con el temor de Dios, y que habían leído un texto de la Biblia el día antes, cuando estaban dando vueltas alrededor de la Luna, y que es un pasaje que habla de la historia de la Creación en seis días; Santiago mira atrás, para verle al hombre la cara, porque puede estar dormido también, y soñando; pero el caballero está bien despierto, y sigue diciendo que el espacio se está haciendo más y más pequeño, y que ya la Luna no está tan lejos como antes; Santiago piensa que eso no puede ser, porque eso, la infinitud, ya estaba dicha en el catecismo y también por el Padre Gabriel, y eso no se puede alcanzar nunca, y si fuese verdad, como dice este hombre, que eso ya no está tan lejos, ¿por qué no han caído todavía al mar o a otro sitio si vienen cayendo desde hace más de media hora, que eso no le puede ocurrir ni a una piedra, y que menos puede pasar eso a tres hombres que vienen montados en un aparato, porque tres hombres pesan sus buenos kilos?, y que todo eso debe ser una novela y él no entiende por qué está la gente tan pendiente de un cuento que se dice por la radio; a qué sitio está llegando su hijo, que llegó un día de Nochebuena y acaso para correr la misma suerte que el Cristo; para cargar la cruz a cuestas; eso es la vida, y no hay otra aquí abajo, ni en la Luna tampoco, seguro; y repara otra vez en las palabras de la radio, que están contando los minutos y los segundos, y el hombre de la corbata dice que ya se ha abierto el paracaídas, ¡ahora!, un cuarto para las cuatro; Santiago está viendo que su mujer parece más atenta a lo que se dice que antes, que eso quiere decir que se está sintiendo mejor, y ve a su hijo dormido todavía y con la misma cara de los ángeles que ha visto en sueños hace un rato, y hay mucho ruido en la radio, y habla el hombre, y habla la mujer que está detrás suyo, y se entretiene mirando a los carros que se detienen cerca del carrito por puestos en que van ellos, y ve a la gente con las caras como en un entierro, y repara que le está llegando ahora un soplo de brisa de vez en cuando, y el calor parece menos, hasta que le despierta el grito, ¡porque ha sido un grito!, y dice el hombre que son nueve minutos para las cuatro, exacto, y ¡ya está el cohete en el mar!, y que han caído de la Luna enteritos, con bien; Santiago piensa en el cuento de los Reyes, pero que ahora los han puesto a venir en algo que no son camellos sino que usan los aparatos, para poner los cuentos al día y para que los niños de hoy comprendan el cielo; mira a su mujer, y ve que Auxiliadora está contemplando a su hijo; y lo está viendo feliz,

como en su propio vientre, lleno de todo, sin el dolor de aquel ruido, sin el agobio de aquel calor que le está llegando ahora a ella luego del frío angustioso de todo su cuerpo, descansando en sus brazos, que son muy poca cosa pero que son suficientes para cargar a un recién nacido, sobre todo si ese recién nacido es de ella, de sus brazos; y así debería sentirse, aunque más feliz, ¡claro!, la Virgen María con su Niño Jesús; había llegado su hijo de ella, de Auxiliadora, apurado, como el de María, porque nació antes de que llegara el autobús a Caracas, en la Nochebuena, y ella ya no se acordaba de nada más, hasta que despertó; ¡con su hijo al lado!; ¡con Santiago al lado!; y su marido no le dijo nada; la miraba y la miraba, nada más; ni siquiera le cogió la mano que ella le puso sobre la cama para eso, y es que Santiago no se atrevía porque estaba una enfermera delante; Auxiliadora recuerda ahora a su marido, el pobre, sujetándola en su asiento del autobús, y hablando, que fue la primera vez que dijo algo en aquel viaje: que no podían hacerle eso, dejarlos en cualquier casa del camino, porque ellos venían desde Mérida porque era un parto difícil, y acaso tenían que operar a Auxiliadora para que naciese su hijo con bien, y que dejarla en una de aquellas casas era peor que abandonarla en el monte para que se desengrase en un mal parto; ella, en medio de aquella angustia, sí se fijó que se calló la gente, pero pensó que no era porque respetaban aquel momento de su marido y de ella y de su hijo por nacer, sino porque estaban asustados ellos mismos de verse obligados a ayudarlos en aquel aprieto; a ella le dolió eso, y todo, porque el bus seguía corriendo, ¡saltando!, moviéndose como si la llevaran a ella en una caja montada en el hombro de alguien que va corriendo cerro abajo con la intención de deshacerse de ella en cualquier parte; era por eso que a ella le había dado miedo ahora, otra vez, porque le había venido todo aquello a la cabeza y se había sentido morir; y no sólo por los dolores, sino porque sentía encima los ojos de todo el mundo en el carrito por puestos que la podían culpar de cualquier molestia, si ella hubiese sabido que no alcanza a llegar a casa del Doctor Oramas, seguro que no sale de su casa, o llega, lo más hasta Mérida, aunque se hubiese muerto del parto; ¡el hijo no!; así había sido, un dolor que a veces se iba, se apagaba, pero que volvía mayor, más grande, ¡más grande!, y con aquel miedo de tener que hacer el hijo allá mismo, a la vista de todos, con aquella máquina moviéndose como cualquier camión...; ya se está sintiendo ahora un poco mejor, y ya no le duelen tanto los puntos; el hombre de la radio sigue hablando, y dice que ya están abriendo la puerta de salida, y que ya los hombres están saliendo, izados uno a uno por un helicóptero, y que alguien había hecho allá, en la radio, un chiste diciendo que podían salir ahora cuatro hombres; Auxiliadora no entiende por qué pueden salir ahora cuatro cuando dicen que los que han ido para la Luna son sólo tres, y eso puede ocurrir solamente si entre esos hombres hay una mujer, como ella, pero siendo tres hombres como Santiago, ¿cómo puede salir uno más?; que los hombres no paren ni tienen otros problemas, como el que tuvo ella cuando llegó a La Aguada para casarse con Santiago, que decían los envidiosos que traía ella una barriga puesta por el doctor de Caracas, ¡que él ni la había tocada nunca!, y ella tuvo que ir a ver a don Gabriel y se confesó y le pidió que fuese a hablar a Santiago, que era bastante porfiado, y así apareció un día el Padre Gabriel por la casa y dijo a su marido que podía estar tranquilo, que el hijo era del que decía el Padre; aunque quién sabe lo que piensa Santiago ahora por dentro; pero es verdad, y puede su marido estar más seguro de eso, de que su hijo es de esa semilla, que muchos doctores lo están

de la simiente de sus hijos en la ciudad...; la radio está anunciando que son casi las cuatro; Auxiliadora mira a su marido, sonriente, para asegurarle que todo va bien, que se va sintiendo mejor; Santiago lee eso en los ojos negros de su mujer, también achinados por el reverbero de los páramos, y se dice que menos mal, que ya los apuros del autobús han sido bastantes, y diciéndose también que cómo va a haber ahora en la historia para los niños cuatro Reyes Magos si sólo eran tres, y aún las mentiras hay que respetarlas si son de Dios, porque es verdad que fueron tres los que llegaron al Niño con los regalos, y si ahora no llegan todos los años, cualquiera sabe que es porque ya no viven entre los hombres y que eso sólo es un ensueño para los niños, para que comprendan que esos Reyes vivieron una vez, y que hay que respetarlos como si viviesen hoy, porque la verdad vive siempre, y no sólo en la cabeza de uno, sino que hacen que otros hagan las cosas de verdad por ellos, en su nombre, porque si es verdad que no le llegan a uno los mismos Reyes, estos Magos han hecho que haya mujeres como la monjita que le llegó a Auxiliadora con una colonia para el niño que olía muy bien, y haya hombres como uno de los médicos de la maternidad, que le regaló a él un puro que él va a fumar por Nochevieja en su casita de tapia en el páramo aunque no se fume otra cosa en toda su vida, porque este humo de olor será para su hijo, y haya hombres como aquel chichero de ayer que va y le da vueltos de diez bolívares en lugar de darle de cinco, y que Santiago guardó, sin darse cuenta, el oro, o la plata, o lo que sea, que ni eso hay, y de eso se vino a dar cuenta Santiago a las horas, cuando ya el chichero no estaba frente a la maternidad, se había ido; era así; y a su hijo no le hubieran podido llegar aquellos regalos si antes no hubiese habido unos Reyes Magos para la enseñanza; ahora sabe, por la fecha que dijo la radio, y también por el día en que nació su hijo, que hoy todavía no es el de llegar los Reyes, porque ellos llegan en su tiempo, y no antes; aunque los pongan a venir en un cohete; y si llegan, serán unos muñecos, pero no los Reyes, porque todo toma su tiempo para madurar y para dar su fruto; Santiago busca ahora, por primera vez, la mano de su mujer, porque quiere decirle algo, y para eso se ha puesto su sombrero; su mano no encuentra la de Auxiliadora, porque no está sobre el asiento, sino que está sujetando a su hijo; ella siente la mano grande y torpe de Santiago en el muslo, y sabe que le va a decir algo; cambia cuidadosamente (bajo la estricta vigilancia de Santiago) el bultico de brazo, y le baja entonces la mano a su marido; se la posa encima; a Santiago le cabe esa mano dentro; y la cobija y la estrecha un poco, no demasiado, y las dos manos se sienten la una en la otra, y saben que están juntas para todo, que todo va a salir bien; tan bien que hasta les había llegado muchos a visitar a su hijo porque había nacido un 24 de diciembre, sólo por lo que se le puede pegar a uno de la estrella de la suerte; aunque nadie sepa luego por llamarse Jesús, que su hijo ha llegado con la señal; ni siquiera los que le trajeron los tres regalos se darían cuenta de lo que dice esta marca en el calendario y en la fe que viene de los padres, porque se preocupan más de recibir ellos mismos los favores; las cabezas están en esas cosas, las manos también; pero Auxiliadora está todavía lo bastante despierta para afuera y en el carrito por puestos para notar que se ha detenido y que el joven que les cedió su turno acaba de bajar; ella lo mira, para despedirlo con la mirada, pero el joven corre para escaparse de una moto que lo va atropellando; Santiago le ve irse, y se dice que ese mecánico de los Reyes Magos es bien generoso; es cuando el hombre de la radio está explicando cómo van a salir los tres

astronautas del aparato, porque lo harán por orden de rango, comenzando por el Comandante; ella, Auxiliadora, se maravilla de cómo esos tres hombres han podido hacer ese viaje por los cielos y todavía tienen las ganas de estar pensando en salir uno después del otro, que es tan poca cosa, y llama la atención de su marido con una presión sobre su mano, y pensando con orgullo que su niño Jesús puede llegar un día a subir alto en el Cielo, y entonces los de La Aguada no van a creerlo, porque es el hijo de ellos dos; su marido la mira como si se estuviese despertando de algo, y ella le señala la radio, que él, en lo que estaba ahorita mismo era en eso, y Santiago pone oído nuevo a lo que dice el hombre y no comprende nada, porque quién va a saber cuál es el Rey Mago que es más que otro por la antigüedad, porque esa es una fantasía muy vieja, porque es de cuando nació el Niño Jesús hace miles de años y no de ahora, cuando le ha nacido su hijo sobre el asiento del autobús para ayudarlo a sembrar sus arvejas, sus papas y su maíz, que es un maicito redondo que se convierte en arepas que son una bendición, y que se levantará a las cinco de la mañana, con él, menos los días que amanece el agua cuajada y que es cuando hay que prender más temprano la leña del fogón; ese ensueño no es de ahora, seguro, cuando está su mujer viajando, no sobre un burro y bien arropada, por el frío, sino en un carrito por puestos cargado de gente y caliente, sudando, y llenos no de Gracia, sino de aquel ruido de la radio que les está hablando de un cielo donde viajan hombres en lugar de ángeles y anunciando que ya bajan los Reyes Magos sobre una máquina voladora sin el misterio, diciendo cómo, cuándo y dónde van a bajar, para que los esperen...; y es cuando el carrito se detiene, lejos de la acera, y entra, antes de que le atropelle un carro, de un solo brinco, una mujer gorda con un bolso de papel que está muy lleno, y pregunta que qué es eso que están oyendo en todos los carritos que pasan, ¡y que allá también!, que a ver si están radiando un partido de beisbol, siendo un día de labor, como es, o qué; el chofer se ríe porque sabe más que ella, porque siempre la gente se ríe así, aunque sea por muy poca cosa, y le contesta cortésmente, eso sí, que no, que a ver si no ha oído hablar ella de un viaje de tres norteamericanos a la Luna; la mujer dice que sí, que ¡cómo no!; pues eso era; ¡eso?!; claro; y la mujer descansa sus brazos sobre el respaldo cerca del sombrero de cogollo de Santiago y se pone a escuchar, y dice casi al oído de Santiago que qué maravilla que hayan conseguido hacer eso, que cualquier día ellos mismos pueden hacer un viaje a la Luna, como esos astronautas; Santiago se escandaliza por dentro, pero ya no sabe qué pensar, de verdad, porque o bien todo aquello es una broma, un cuento, una novela que dan por la radio, o de verdad son los tres Reyes Magos los que vienen, o son hombres de allá mismo, de la Tierra que han llegado a la Luna y han vuelto, porque ya nadie sabe lo que está pisando, y aprieta la mano de su mujer, que todavía, y aunque ya en su ser, la siente fría, en aquel calorón, y le mira a los ojos, y ella le dice que ya se está sintiendo bien; que es cuando se oye una sirena que suena y suena en ruedas grandes y altas, como gritos de niño, pero más grandes, redondos, largos, ¡perforantes!, y el chofer se detiene a un lado, para que pase, y es la señora gorda que acaba de subir la que dice que debe ser algún herido, que cómo se va a sentir alguien que está mal en esta cola de carros, aunque sea el día de llegar a la Luna el hombre, y que para ese pobre no hay astronautas ni hay Navidad ni hay Pascua ni nada, ¡qué horror!, y Santiago está tieso, del susto, de cuando iba él mismo hace tres días pegado a su mujer, que estaba privada, como muerta, y con

el hijo fuera, camino de la maternidad; y es cuando dice el chofer, contestando a la señora gorda, que no, que lo que acaba de pasar es una ambulancia de locos, porque ponía bien claro que era de una clínica psiquiátrica; Santiago se pregunta que cómo se va a sentir un pobre loco ahora, oyendo sonar aquel "¡uuuuuuuuú!"..., que es por él mismo, y que acaso está oyendo todos aquellos cuentos de los Reyes que llegan antes de fin de año, y que lo dicen que acaban de llegar tres hombres desde la Luna, que eso, para un loco, no debe ser gran cosa, y ¡hasta se puede creer el Niño Jesús!, y Santiago mira a su hijo, que está dormido y como en otro mundo, y dice: "¡cará!" (que hasta Auxiliadora se lo ha oído) y aspira el aire entre los dientes que tiene (que algunos le faltan) y el labio, que es una especie de siseo invertido y largo, y luego bota el aire por la nariz, temblándole las aletas, con un sonido como del vuelo de un ave, y mira a su hijo, porque éste sí es el Niño Jesús, y él, Santiago, es su padre; porque todo en la vida, ellos mismos y los Reyes Magos, y el Niño Jesús, han tenido una semilla, como la ha tenido la papa y la arveja que recoge él en el páramo...; es cuando el taxista pregunta a Santiago si ellos van a quedarse en el Nuevo Circo; no debía haber preguntado a él, que no sabe de Caracas ni dónde le queda la Plaza Bolívar, sino a ella; por eso, es Auxiliadora la que contesta diciendo que sí, que esa es la parada donde van ellos, para coger el autobús de Mérida, ¿no?; el chofer dice que sí, que por ahí se va a los Andes también, y que se aguanten un poco (¡porque ya Santiago ha dado un topetazo con su cabeza en el techo, al pararse!) que ya va a acomodarse pegado a la acera, para que ella no tenga que correr delante de los carros; Santiago se lo agradece mucho, sin decírselo, y sólo piensa que qué bien se vería este hombre vestido de Rey Baltasar; y así acierta, al fin, a abrir él, Santiago la puerta por dentro y ayuda a bajar a su mujer y a su hijo; Auxiliadora no se atreve a pararse, porque le parece que se le van a saltar los puntos, y mira instintivamente (agachándose por sobre la cabeza de su hijo) a su falda, una falda blanca con motitas azules, porque se puede ver algún rojo, y es que ella siente la humedad, y le puede pasar lo que en el autobús, que mojó el asiento; pero ve que no, que es sólo sudor; debe ser, porque ve su falda arrugada nada más, y ve que Santiago está mirando también y no le está diciendo nada, y ella acomoda bien al niño Jesús en su brazo izquierdo, porque el derecho está ya cansado, casi muerto, y tiene luego tiempo de mirar por la ventanilla dentro al chofer, que es cuando Santiago cierra, de un portazo, y el negro ha sonreído a los dos, a los tres, porque el portazo ha sido bastante grande, y se va el carrito por puestos con la voz que está anunciando la llegada del hombre desde los cielos.